

INTRODUCCIÓN

"Entonces le descarga un golpe en la nuca, los sesos saltan e inmediatamente las mujeres cogen el cuerpo, lo arrastran hacia el fuego, lo raspan hasta que quede bien blanco y le meten un palito por detrás para que nada se les escape. Una vez desollado, un hombre lo coge y le corta las piernas por encima de las rodillas y también los brazos. Cuando está todo acabado, cada uno vuelve a su casa y lleva su parte consigo"¹

Este pequeño fragmento es parte de un relato sobre la práctica del canibalismo en los indios tupinambas hecho por el artillero naval alemán Hans Staden, quien cayera cautivo de aquellos en el año 1554. Es probable que tanto a Staden como a los numerosos jesuitas (2) que fueron testigos privilegiados de las ceremonias de consumo de carne humana, el provenir de una cultura que condenaba la antropofagia les provocara la reacción de horror que describen en sus testimonios, la misma mezcla de espanto y rechazo que sentimos hoy al leer estos relatos.

Cuando percibimos esta clase de "electrochoques culturales" (3), cuando notamos una sensación de extrañamiento ante determinadas prácticas, saberes, costumbres, rituales que nos resultan inexplicables, es cuando probablemente estamos bien encaminados acerca de donde indagar para acercarnos a la comprensión de formas de entender el mundo, universos significativos que nos parecen tanto más lejanos cuanto incomprensibles nos resultan. Pero al mismo tiempo que el sentido de la diferencia informa acerca de la diversidad del comportamiento cultural, también proporcionan elementos para interrogarse acerca de los propios modelos de comportamiento, es decir los propios significados, ideas, valores, a partir de los cuales se juzga la "otredad" y se hacen inteligibles los contrastes.

Es posible que en el futuro alguien se pregunte sobre nuestros gustos, prácticas y variedades de consumo alimentario con la misma extrañeza con que lo han hecho los antropólogos sobre la voracidad carnívora de los tupinambas. Una mirada al siglo XX abriría el interrogante de cómo fue posible que se fuera consolidando en numerosas sociedades -aquéllas en que la comida es abundante- un modelo alimentario y estético que ha permitido desplazar el miedo al hambre que atraviesa casi toda la historia

[♦] Nota Aclaratoria: La primera versión del presente artículo fue editado en el año 1996 con el título de "Anorexia y Bulimia: corsé de la autodisciplina" en M. Margulis (comp): "La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre Cultura y Juventud", Ediciones Biblos, Buenos Aires. 1996 . La presente versión, que amplía el texto original, ha sido editado en el año 2002 por la Sociedad Argentina de Pediatría en el 2º Congreso Argentino de Pediatría General Ambulatoria y Encuentro de Sociedades de Pediatría del Cono Sur.

¹ Sociólogo. Decano del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza. Profesor Titular de "Cultura Contemporánea" de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

de la humanidad, por el temor al exceso, a la abundancia. Es decir, cómo se fueron afirmando ciertos patrones de consumo alimentario y determinados estándares de belleza que han posibilitado una incidencia muy alta y en constante ascenso de afecciones que hubieran sido impensadas en otros momentos de la historia: aquéllas patologías cuyo sustrato común es el miedo mórbido a la gordura.

Resulta paradójica la dimensión alcanzada por enfermedades como la anorexia nerviosa y la bulimia que someten a gran número de adolescentes y mujeres jóvenes a la exigencia de no comer pudiendo hacerlo, cuando gran parte de la humanidad -igual que hace siglos- es azotada por el flagelo del hambre y la morbimortalidad por inanición continuá siendo uno de los débitos más vergonzantes de nuestra civilización.

Anorexia y bulimia -entidades graves por el riesgo vital que implican - son patologías de la alimentación que pueden ser consideradas como paradigmáticas de una sociedad y una época que propicia el contradictorio discurso del consumismo ilimitado y al mismo tiempo la privación acorde con las exigencias de cierto esquema corporal legítimo: el de la primacía absoluta de la delgadez.

Como nunca antes, el culto al cuerpo se ha constituido en blanco de técnicas y normas que tienden a configurar imágenes idealizadas de salud y belleza. Pero además, como señalan Toro y Vilardel (5): "Lo cierto es que todo acaece como si los criterios socioculturales empujaran en un sentido y la biología lo hiciera en otro". Es decir, el aumento progresivo de peso es un fenómeno difundido dentro del mundo desarrollado, consecuencia del incremento de la talla, las nuevas condiciones nutritivas y sanitarias, etc. Y justamente, entre la constante presión hacia el adelgazamiento y la comprobada tendencia al incremento de peso, en la intersección de esas coordenadas se sitúan las mujeres y en especial las más jóvenes.

En las sociedades contemporáneas altamente dinámicas, donde la noción del venderse a sí mismo es una ejercitación positivamente apreciada, donde las recomendaciones mas elementales de marketing acentúan la importancia de la "primera impresión" en cualquier intento de venta, continuamente existen referentes visibles que ofrecen la posibilidad de contrastación con la propia apariencia construida. La fotografía comercial (revistas, catálogos, etc...), la publicidad de los medios, los maniqués de las casas de modas, etc..., proponen visiones de perfección - en realidad la perfección que se ofrece como natural es el resultado de un complejo proceso industrial coordinado- que a la manera de un espejismo siempre sortean la posibilidad de alcanzarlos. Pero al mismo tiempo, desnudan repetidamente las "imperfecciones" que surgen de las comparaciones, diferencias que son percibidas en términos de "culpabilidad" por quienes sienten que no pueden acceder a lo que cada imagen celebra incansablemente: las ventajas comparativas del pertenecer al círculo áulico de la belleza.

Las ciencias del cuerpo y el desarrollo de la industria de la dieta ejercen un firme poder de disciplinamiento mediante la inducción de la autovigilancia, convirtiendo a la apariencia en uno de los componentes más preciados de valor social. Pero además, las formas contemporáneas de fabricación de aspectos han ido modelando un imaginario donde el atractivo físico y el peso corporal, se han erigido en la medida no solo de lo socialmente deseable sino además de lo moralmente correcto.

El cuerpo, en tanto es lo directamente accesible como forma de percepción de una "persona", es considerado socialmente como la expresión mas adecuada de la "naturaleza" del individuo, y por ello señala Bourdieu: "El postulado de la correspondencia o del paralelismo entre lo físico y lo "moral" que subyace al conocimiento práctico o racionalizado, es el que permite asociar propiedades psicológicas o morales a índices fisiognómicos"(6). Recordemos que a fines del siglo pasado, incluso la ciencia intentó la disección minuciosa del cuerpo en categorías susceptibles de fundamentar diferencias morales a través de la antropometría: la evaluación rigurosa de la economía corporal llevó a diseñar una tipología de la desviación asentada sobre los caracteres físicos. En el siglo XXI por el contrario, la ciencia de la clasificación de las cualidades corporales ya no intenta justificar las "diferencias" sino sustentar las similitudes: se trata de construir ciertas medidas, parámetros, prototipos de lo humano, escalas uniformes de lo mensurable, para responder a las exigencias del proceso serial productivo y del mercado.

Una analogía textual nos permitiría decir que es posible "leer" en la apariencia corporal los signos que delatan determinados atributos morales, rasgos que permanecerían ocultos si el lenguaje del cuerpo no los desnudara. A propósito de ello permítaseme la siguiente digresión: durante el siglo XVIII, en el marco de las notables mutaciones en la vida urbana de lugares como Paris o Londres(7), en momentos que las antiguas jerarquías sociales estaban siendo erosionadas por una burguesía en ascenso y el flujo migratorio desmedido desbordaba el crecimiento de las grandes ciudades, las estructuras de roles que otorgaban inteligibilidad al orden societal se encontraban en franco deterioro. En un contexto de desorden y confusa mezcla de identidades, los hombres van a apelar a un nuevo esquema de convenciones para poder develar rápidamente la ubicación social del "desconocido": el cuerpo se convierte en maniquí y el código del vestir en el referente primordial al cual apelar en pos de lo que se intenta averiguar.

Aunque esta tarea de constitución de un orden social en la calle - arbitrario pero creíble - estaba ligado en cierta forma al intento de "ser" lo que efectivamente se usaba y a la necesidad de otorgar seguridad en el conocimiento del otro, obedecía primariamente al deseo de portar algo reconocible que posibilitara al individuo constituirse en alguien en el espacio público.

Un siglo más tarde, este mundo de apariencias sufriría grandes modificaciones, pues ahora existe la idea de una vinculación más inmediata entre la conducta pública y los secretos del yo, por lo tanto la convención necesariamente refiere a una realidad oculta que constituye el significado real. Y de allí que el urbanitas del siglo XIX debió moderar las apariencias, tornando las diferencias más sutiles: los signos exteriores pueden reflejar verdades profundas ante lo cual solo el pasar desapercibido asegura protección. "Leer" a los demás se ha vuelto una tarea más ardua: Serán pequeños indicios -como por ejemplo la abotonadura de la manga de una chaqueta, que permitía diferenciar a un caballero de quien no lo era- los que faciliten deducir lo oculto tras la fachada. Lógica indiciaria que se correspondería con el modelo cognitivo que según Carlo Guinzburg (8) se afirma a fines del siglo pasado y que Eduardo Rinesi (9) interpreta como "transformación de los órdenes epistemológicos parejamente a la revolución de los ordenes urbanos".

Ahora bien: si en el siglo XIX pequeñas "marcas" permiten captar una realidad interna oculta tras los tonos suavizados de la apariencia, hacia principios del siglo XXI la lógica indiciaria no opera solo sobre los artificios del ropaje, sino ahora es el cuerpo el que emite claras señales de ciertos rasgos que permanecerían inadvertidos si el lenguaje corporal no los desnudara. Lo develado no habla en este caso solo de jerarquías sociales (10), sino también de jerarquías morales. Un cuerpo cuidado con esmero simboliza una conducta racional, alto grado de autoestima, capacidad de autogobierno y por lo mismo, quien es capaz del dominio del "sí-mismo" ejercerá las mismas aptitudes en el plano de las relaciones interpersonales y en el resto de las esferas de la vida. La contrapartida de la correspondencia señalada tendrá - como es de suponer - las consecuencias inversas: un físico que no responda a las normas de "alto mantenimiento" identifica al portador como poco aplicado, con escasa predisposición al sacrificio y la responsabilidad. Quien no ha cultivado la categoría moral de la autocorrección, será más proclive al desorden y la "desviación" que a la lógica de la competencia, la perfección y el éxito.

Una constitución "hética" materializa una personalidad "ética".

La presión social hacia ideales de perfección corporal -que no por inalcanzables dejan de ser persistentemente coercitivos- es uno de los factores de la notable incidencia de trastornos de la conducta alimentaria en los últimos años. De esa peculiar forma de ascetismo moderno -producto del culto extremo a la estética corporal - que es la perversa conducta de la inanición autoimpuesta.

Sin embargo, a pesar que la industrialización de la apariencia marca una de las tendencias sociales predominantes de nuestra época, la preocupación por la belleza y las elecciones dietéticas como resultantes específicas de preferencias colectivas no son una exclusividad de la cultura occidental contemporánea.

La diversidad de hábitos alimentarios, las distintas consideraciones sobre el acto de comer (11), las innumerables variedades gastronómicas a lo largo de la historia y las culturas, nos aseguran que lo que es considerado apto para el consumo no depende solo de la fisiología de la digestión. Entre las preferencias y las aversiones de la ingesta se sitúa un espacio de selección basado en la definición social de los alimentos, dependiente no solo de la relación costos-beneficios en materia nutricional -lo cual significa que el comer es mucho más que la mera supervivencia- sino de las prescripciones que sitúan a la comida en el punto de convergencia de determinaciones estéticas, de estilo, de distinción, de poder, es decir de regulaciones supraindividuales.

Por otra parte, también cada período de la historia y las diferentes sociedades han proclamado determinados estándares de belleza. El elogio de la "gordura" en la Edad Media, el vendaje de los pies en las niñas chinas en el siglo XII y XIII, el corsé del siglo XIX, son meros ejemplos de ciertos imperativos culturales sobre como modelar y refinar el cuerpo para responder a la configuración corporal legítima. Pero entre la significación social de la dieta y las estrategias del ordenamiento cosmético del cuerpo en el mundo de siglos anteriores y el mundo contemporáneo, hay un abismo.

Las tecnologías de planificación y reparación del cuidado físico, el marketing de la belleza, la universalización de esquemas uniformes de lo deseable y apetecible difundido por los medios masivos de comunicación, la progresiva saturación del mercado con estrategias cada vez más radicales para la pérdida de peso, han hecho que en la cultura del consumismo sin límites el cuerpo asuma una nueva significación social e individual.

En una sociedad regida por la moral del mercado, el sujeto alcanza alto valor de cambio cuanto mayor sea su estatus corporal y entonces el cuidado obsesivo de la imagen conduce paradójicamente a la destrucción de lo que quiere realzar, es decir a la agresión y al daño del propio cuerpo.

Veamos brevemente como se fue constituyendo el escenario, cómo se fue desplegando el proceso por el cual en ciertas sociedades, las enfermedades del miedo al exceso alimentario han cobrado una relevancia que en el pasado era privativa de las enfermedades de la carencia.

Del corsé tradicional al corsé de la autodisciplina

El modelo de la delgadez reconoce sus antecedentes más cercanos en los valores estéticos y culturales que cobran vigencia en el transcurso del siglo XVIII (12). En Europa, la burguesía en ascenso se expide contra la opulencia y la ostentación alimentaria que eran parte de las viejas formas sociales. Con anterioridad sólo cierto sector privilegiado comía opíparamente, pero además se esforzaba por destacar las formas y el contenido de la abundancia en una sociedad donde el prestigio y la distinción de cada acto era un símbolo de la respectiva distribución del poder (13). Por entonces el exceso alimentario no

sólo era señal de riqueza y bienestar, sino comportaba un ideal estético donde la gordura era positivamente apreciada.

Durante los siglos XIV al XVI la nobleza se había esmerado por reglamentar y codificar cuidadosamente cierto orden en las costumbres alimentarias, de modo que los atributos de distinción en el consumo pudieran señalar de modo inequívoco la pertenencia a la clase privilegiada. En un período histórico de particular ebullición social, se prescriben diferentes normas que permiten reforzar el estilo de vida de la nobleza tradicional, definiendo al mismo tiempo las "distancias" en la rígida escala jerárquica de dicha sociedad. Lo que se come no es simplemente el fruto de una elección sino la marca de una identidad social.

Ya en el transcurso del siglo XVIII, la necesidad de un cuerpo acorde con las nuevas ideologías que se levantan contra el "viejo orden" - es decir un cuerpo disciplinado para la eficiencia y la productividad - demanda la imagen corporal de la esbeltez y la fortaleza. La dieta y la vida metódica debían restaurar los desórdenes de una clase en decadencia, cuya ociosidad y extravagancias alimentarias eran consideradas un peligro moral para los nuevos valores que requería la sociedad industrial.

El Iluminismo prescribe contra la vieja cultura alimentaria del apetito desmedido y la abundancia de carne - que expresaban la fuerza y el poder de la nobleza - la frugalidad y la higiene de los vegetales, marcando el retiro de la predilección por los cuerpos vigorosos para la violencia, por el nuevo imaginario del Siglo de las Luces: ahora se trataba de apuntar a la fortaleza y la "sanidad" de la Razón.

Por otra parte, ya con el correr del siglo XIX según Montanari " se inicia un proceso de 'democratización' del consumo impuesto por la lógica industrial "(14). La nueva dinámica de la producción impulsó la ampliación social del mercado de los alimentos, de forma que los sectores populares pudieron acceder a una variedad creciente de productos a precios cada vez más bajos, llegando incluso a aumentar el consumo de carne en capas más amplias de la población. Poco a poco, la necesidad industrial de satisfacer a un mercado creciente de consumidores exige que caigan en desuso antiguos símbolos de status (por ejemplo, algunas costumbres que consideraban a ciertos alimentos como propios de determinadas categorías sociales). Esto no significa que la burguesía en cierto modo no siguió apegada a determinadas formas e imágenes tradicionales de la ostentación, pero la difusión a sectores populares de pautas de comportamiento y de consumo que antes eran características de las clases privilegiadas, suprimía el beneficio simbólico de la distinción (15).

Las nuevas formas de prestigio prescriben el comer poco, la moderación y el equilibrio frente a la gula de antaño.

El tema de la apariencia femenina, no podía permanecer ajeno a las nuevas pautas alimentarias y estéticas. Y de allí que en el siglo XIX un conjunto de presiones morales, económicas, de moda, etc...

influyó sobre las mujeres para que moldearan sus cuerpos de acuerdo a la imposición de novedosas reglas acerca de lo valioso y respetable.

El cuerpo, debido a su potencial simbólico, será objeto de una cuidadosa regulación y restricción puesto que una imagen corporal desplegada con libertad, con holgura, llega a ser expresión de una conducta licenciosa. Será el encierro del corsé la figura emblemática de la pedagogía que moldea los gestos, usos y comportamientos de lo corporal en el siglo pasado.

El uso de rígidas varillas metálicas en la espalda, es parte de un conjunto de técnicas correctoras que partían del supuesto de la posibilidad de maleabilidad del físico para posicionarlo en condiciones favorables en el mercado matrimonial. Sin embargo, la idea de constituir al cuerpo como objeto de maniobras que pueden trabajarlo, construirlo, modelarlo de acuerdo a técnicas precisas de regulación no era nuevo. S. Ewen apunta (16) que en el campo de la Ilustración, se inscribieron dos concepciones distintas del perfeccionismo humano. Una de ellas, de carácter emancipatorio, confiaba en que el progreso de la Razón ayudaría al individuo a apropiarse de su destino y estimularía las ideas de solidaridad y libertad individual. "Pero al mismo tiempo, el surgimiento del poder comercial en la era de la razón alimento ideas más instrumentales de las transformaciones humanas " (17). Estas ideas, aunque apoyadas también en la razón y en la ciencia, sostenían que la perfección racional de un individuo era cuestión de una correcta administración. Si la primera tendencia alentó el propósito de la perfección de los cuerpos en base a individuos libres, en la segunda se privilegió la noción de cuerpos entrenables, regulables para distintos fines. Es esta política de control sobre los cuerpos a la que Foucault llama "anátomo-política", esas formas disciplinarias que surgen en el transcurso de los siglos XVII y XVIII y que operan "fabricando cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos dóciles" (18). Es decir: las raíces del "cuerpo regulado" se encuentran afianzadas firmemente en el terreno de la cultura occidental desde la Ilustración.

En el siglo XIX entonces, la mujer es socializada en la noción de que los atributos físicos son las cartas para el éxito personal y para mayores aptitudes sociales, algo que en el pasado había sido mediado por el tamaño de la dote. Son estas tendencias -con algunas modificaciones-, las que han de persistir y exacerbarse posteriormente en la sociedad del consumo de masas.

En el siglo XX el cuerpo se va convirtiendo paulatinamente en el lugar de la identidad personal. La apariencia depende más que nunca del propio cuerpo y por lo tanto hay que estimularlo y mantenerlo. La preocupación por el aspecto asume las características de imperativo social y la dedicación y el esmero por trabajar y modelar la propia exterioridad, se constituye en la magnitud de la virtud individual. Dice G. Vincent (19): "Más que las identidades sociales, máscaras o personajes tomados

prestados, más incluso que las ideas o las convicciones, frágiles y manipuladas, el cuerpo es la realidad misma de la persona".

A principios del siglo XX, gran parte de los convencionalismos restrictivos de la estética victoriana empiezan a quedar relegados frente a las nuevas demandas creadas por las modificaciones en el papel social de la mujer. El abandono de los límites de la esfera privada y su ingreso al mercado urbano, requerían una dinámica y un modelo que no podían ser satisfechos por la inhabilidad metálica del corsé del siglo anterior. A propósito de ello, O. Traversa señala: "El cuerpo dejará de ser determinado y regulado desde afuera; el cuerpo que inaugura el fin del siglo XIX es un cuerpo que se hace desde adentro y se regula desde adentro" (20). La medicina - a través de la endocrinología, la dietología, los estudios de metabolismo, etc.- y la masificación de la gimnasia, enfocan contra la antigua imagen del cuerpo como pasible de constricciones externas, el viejo cuerpo mecánico sujeto a limitaciones "desde el afuera". El nuevo cuerpo de referencia que emerge es capaz de automodelarse y someterse a las disposiciones de sus propias facultades.

El ideal de una "nueva mujer" empieza a considerar a toda sustancia corporal como innecesaria. Y las revistas de modas, desde las primeras décadas del siglo proyectan masivamente el modelo de la delgadez como un novedoso proyecto de vida. Desde ese impulso inicial el ideal social de la esbeltez no ha dejado de afianzarse progresivamente en nuestro siglo. S. Ewen lo resume en los siguientes términos: "Ajustándose a ideales que han motivado las evoluciones de la arquitectura, el diseño, la imaginería publicitaria y la moda, el cuerpo ideal no existe más materialmente, ha sido reducido a una representación abstracta de la persona: una línea, un contorno, una actitud, desollados de sus imperativos biológicos. Sin importar la forma que tome el cuerpo, cualquier carne que permanezca es demasiada, la imagen debe liberarse de los inconvenientes de la sustancia " (21).

La industria de la dieta comercializa y difunde el aspecto físico correcto y contribuye a crear el imaginario de que dicha posibilidad está al alcance de cualquiera. Cabe destacar al respecto, que la significación social de la dieta ha cambiado a lo largo de la historia. Para los griegos la dieta hacía referencia a la conducta general, a una forma de organización de la vida por medio de un conjunto de reglas que buscaban instaurar cierto equilibrio a través del gobierno del cuerpo. La dieta también ha sido una de las prescripciones fundamentales en el modo de vida religioso del cristianismo: el ascetismo como un régimen para el control de los deseos, la subordinación de la carne como vía para la espiritualidad.

Pero del gobierno del alma y los apetitos insanos, a la dieta del siglo XX, hay una larga transformación. La dieta religiosa dirigía su objetivo al control del cuerpo interior y a la negación de la visibilidad de las

voluptuosidades de la carne, en tanto que la dieta en nuestros días, en el tiempo de la sociedad de consumo apunta a la construcción de cuerpos que merezcan ser exhibidos.

Profunda mutación entonces: del ayuno como moralización al ayuno como producto de la incitación al narcisismo, del ascetismo como imposición religiosa al ascetismo como mandato estético. De la deformación de la figura femenina por el corsé metálico a la emaciación de los cuerpos y la autodisciplina de la inanición. Este es el imperativo alimentario y estético de extensa validez dentro de las fronteras de nuestro marco cultural.

Las patologías de la abundancia

El aumento de la incidencia de los desórdenes alimentarios es un dato de la realidad en Occidente, donde la difusión masiva de pautas novedosas de consumo ha provocado un incremento en la prevalencia de complicaciones y riesgos en ciertos grupos considerados más vulnerables: las mujeres jóvenes. El patrón sociodemográfico más observado hasta hace algunos años era: mujeres adolescentes y jóvenes, occidentales, pertenecientes a niveles socioeconómicos medios y medio-altos. Sin embargo, en la actualidad cada vez más mujeres de clases económicas bajas y de mayor edad tienen dificultades con la alimentación y su peso.

Las patologías de la conducta alimentaria, pueden interpretarse como desórdenes que dan expresión a ciertas limitaciones estructurales impuestas a las mujeres en el contexto de la sociedad de consumo: las jóvenes son socializadas en torno a ciertas directrices ideales que confieren los atributos más positivos a la exaltación del cuerpo. El mercado impone las ventajas de la apariencia legítima en las relaciones interpersonales, la supremacía del atractivo físico como parámetro de la aceptabilidad social, la exterioridad como medida del valor de cambio de los individuos. Estos valores, que pueden ser resumidos como una "cultura de la delgadez" (22), impactan de manera más descarnada en las mujeres pues la importancia que cada sexo asigna a los rasgos físicos es diferente. La joven más que el varón tiende a identificarse con su propio cuerpo, "su cuerpo es mucho más autoimagen que en el hombre el suyo" (23).

Pero además, impactan en una etapa de la vida que constituye un clima propicio para su recepción: la adolescencia. Se trata de un período de grandes transformaciones conductuales, cognitivas, emocionales, fisiológicas y donde la imagen corporal también se encuentra en pleno cambio. El joven es portador de un cuerpo en constante evolución y la propia aceptabilidad dependerá en gran medida de los criterios legitimados por el grupo de pertenencia. La autoconciencia del adolescente se traduce en cierta forma en una incómoda autoobservación, en un continuo examen de las cualidades físicas. Como lo enfatizan Guillemot y Laxenaire: "El cuerpo se convierte en la adolescencia en una especie de punto

de referencia para una personalidad que se busca y que aún no tiene una imagen de sí definitiva. Por eso, el adolescente utiliza su cuerpo como medio privilegiado de expresión, especialmente para afirmar su pertenencia a un grupo social cuya moda seguirá" (24).

La sociedad al privilegiar el culto al cuerpo, estimula el desarrollo de conductas que toman como eje al mismo. Y como los modelos propuestos son generalmente jóvenes -en un contexto sociohistórico donde la exigencia de la eterna juventud es un imperativo de vida-, se produce la inmediata identificación de los referentes propuestos con el grupo cuyas características físico-cronológicas guardan mayor proximidad. Frente al rigor de los esquemas vigentes o interiorizados, es fácil suponer cuanto significa para un adolescente alejarse de las pautas reconocidas por el grupo de pares: exponerse a la desaprobación de los demás, autopercepción de ineficacia en el dominio del propio cuerpo, sentimientos de desvalorización, etc.

El ideal de la delgadez no expresa sólo la valorización de un determinado estilo estético, sino es una metáfora que refleja las múltiples contradicciones a que están sometidas las mujeres en el contexto de una época en la cual, a pesar de haber conquistado una mayor igualdad, continúan siendo oprimidas en muchos sentidos. Desde esta perspectiva, la creciente preocupación por el peso y los conflictos con la alimentación nos permiten acercarnos a la comprensión de ciertos significados ligados a la situación de la mujer en forma contemporánea.

Cabe destacar, que a lo largo de la historia, el valor social de las mujeres ha estado en general estrechamente vinculado a lo corporal. Su función, su rol social, se ha expresado a través del cuerpo: en la procreación, en la atención de las demandas sexuales de los hombres, en la respuesta a las necesidades físicas y emocionales de los niños. Sin embargo, del cuerpo redondeado que se asociaba a las funciones sociales explicitadas -perfecta expresión y símbolo de la fertilidad- al ideal de la delgadez actual, hay un abismo. En las sociedades occidentales contemporáneas, con la atenuación de la sujeción de las mujeres a su función reproductora, con la creciente inserción de las mismas en la vida económica, política y social, se fue configurando el perfil de una nueva mujer donde la delgadez es valorada como manifestación de una sexualidad no reproductora, como imagen de una ascendente liberación. Si en el siglo XIX el corsé era expresión de la subordinación social de la mujer, en el siglo XX la liberación femenina trae aparejada la imagen del cuerpo liberado con todas sus potencialidades. Sin embargo, la posibilidad de acceso a nuevas formas de libertad personal es sometida a los requerimientos de la época: mayor libertad para la disciplina, para la autorrestricción, en respuesta a las exigencias de la sociedad tardo capitalista, es decir a los fines narcisistas del éxito y la aceptación social. Pseudoliberación que oculta en realidad un nuevo sojuzgamiento: la cultura del consumismo.

Si las artes plásticas fueron en algún momento el referente del imaginario para los cuerpos perfectos, hoy los medios masivos de comunicación han universalizado la prescripción de los cuerpos deseables. Pero al mismo tiempo que la publicidad permite internalizar rápidamente los estereotipos de la apariencia legítima promoviendo en consecuencia el ascetismo de la dieta, se difunde el mensaje contradictorio del consumismo ilimitado. Estímulo y represión forman parte de la lógica cultural perversa del capitalismo tardío. Junto a la constante seducción de la propaganda para saborear exquisitos platos, las mujeres son inducidas a considerar la pérdida de peso como norma de vida.

El consumidor en nuestras sociedades es sometido regularmente a múltiples tentaciones pero también a múltiples precauciones dietéticas, proceso que conduce a una crisis de los criterios de elección y una desorganización de los valores de la simbología alimentaria. "El individuo se encuentra en las sociedades de abundancia, en una situación de elección imposible, de desconcierto alimentario y de gastro-anomía" (25).

Por otra parte, los alimentos que solicitan el deseo son aquellos identificados no en términos de beneficio nutricional sino de puro placer; lo que gusta no es lo sano. Ocurre que la comida es inseparable de las actividades humanas y lo que comemos se halla culturalmente reglado en conformidad con ciertas prácticas e ideas.

Los tabúes alimentarios -como por ejemplo la restricción de la ingesta de cerdo por judíos y musulmanes- que en cierto modo ayudan a reforzar la identidad del endogrupo, nos revelan el carácter arbitrario de prohibiciones que responden a la estructura de principios y creencias de una determinada sociedad.- En estos casos las comidas se rechazan no por sus propiedades intrínsecas sino por los valores que connotan.

No es muy diferente lo que sucede en las sociedades contemporáneas donde los alimentos se constituyen también en términos de moralidad y lo apetitoso sobrelleva el estigma de lo "malo", lo nocivo, provocando que el deseo vaya ligado de manera inescindible con la necesidad de la abstención. La dieta por lo tanto asume en cierto modo el simbolismo de la purificación, aunque a diferencia del ayuno como camino para la redención en la actualidad los rituales dietéticos son la vía para la belleza y el reconocimiento social.

En todos los casos, "el cuerpo es el sitio del ejercicio de la voluntad sobre el deseo" (26). De allí que enfermedades como la anorexia expresan en cierto modo la práctica del control personal, la imposición de la voluntad sobre la propia naturaleza; la paciente anoréxica experimenta "cierto" placer con el desarrollo de su "autonomía", con la conciencia de cierto poder de autogobierno.

Tanto en el caso del ascetismo anoréxico como del desenfreno bulímico hay un pronunciamiento, una rebelión contra los vínculos sociales creados por la alimentación, un desorden contra las formas del

comer impuestas por la lógica de las costumbres. La mesa familiar le confiere el sentido simbólico más evidente a la familia. Canetti dice al respecto: "La vida de familia es más íntima cuanto más a menudo se come juntos. La imagen que salta a la vista cuando se piensa en ella es la de padres e hijos reunidos en torno a una mesa... Ser recibido a esta mesa prácticamente equivale a ser recibido en la familia" (27). La dieta desde este punto de vista, es una de las pocas dimensiones en la cual ciertas adolescentes pueden desarrollar algún grado de individuación y control de su propia personalidad, aunque este proceso conduzca progresivamente al autodeterioro.

Sin embargo, a pesar de la importancia de la consideración de estos rasgos familiares en la patogenia de estos trastornos alimentarios, sin olvidar que estas afecciones se ubican en la convergencia plurietiológica de factores biológicos, psicológicos, etc..., no se puede dejar de resaltar la importancia de factores socio-culturales, es decir de prácticas sociales y colectivas que operan como marco de estas patologías contemporáneas.

Una perspectiva de abordaje de estos trastornos que polarice formas de evaluación en términos de sanidad-enfermedad, aislándola del contexto social y cultural donde se etiqueta y estigmatiza a jóvenes que adoptan las conductas más extremas, mientras al mismo tiempo se estimula la preocupación por el peso como la medida de lo socialmente valioso, puede ofrecer tan sólo una mirada estática de estos problemas. Si se olvida que lo que las mujeres valoran de ellas mismas refleja generalmente los valores que premia la sociedad, entonces cualquier modelo que medicalice estos trastornos ofreciendo explicaciones individuales pasará sin duda por alto las similitudes –en realidad un verdadero continuum– entre la dinámica de estas afecciones y un clima cultural que alienta a las mujeres a sentirse extrañas en su propio cuerpo.

Anorexia y bulimia, si bien pueden ser visualizadas como la expresión de una búsqueda de autonomía frente a la estructura disciplinaria familiar, como la lucha simbólica de las mujeres contra ciertas formas de autoridad, traducen al mismo tiempo la firme permeación de las conductas individuales por los mecanismos de regulación social y las pautas de comportamiento impuestas por la cultura del consumismo (28).

La particularidad de las patologías de la abundancia es que están sustentadas en conductas que, por una parte implican un gesto de individuación –en realidad un proceso de pseudoliberación– y al mismo tiempo reproducen mandatos que reflejan el espíritu actual. De una sociedad que otorga crédito y recompensa a ciertos ideales físicos, que eleva la preocupación por el cuerpo a una categoría de aflicción obsesiva. Por lo tanto, la dieta como expresión simbólica de autoafirmación de la personalidad, en realidad solo conduce a nuevas formas de esclavitud.

La ética del consumo implica la peculiar paradoja del estímulo al hedonismo y el ascetismo del ayuno. Anorexia y bulimia son hasta cierto punto la forma radical, la versión extrema del narcisismo de la cultura moderna.

Las enfermedades de la dieta son la expresión paradigmática de una época donde todo responde a la lógica del mercado: en dichas patologías el individuo se autoconsume.

NOTAS:

(1) Citado en Marvin Harris (1991), pág. 273.

(2) Harris, op. cit., pág. 279. Harris refiere que los testimonios más detallados sobre las prácticas caníbales fueron realizados por los jesuitas, por ejemplo, los rituales de consumo de carne humana en los tupinambas, los iroqueses y los hurones.

(3) Darnton (1987), pág. 1.

(4) La anorexia nerviosa se caracteriza por la continua búsqueda de la delgadez mediante dietas, laxantes, vómitos autoinducidos, etc... La bulimia comparte con la anterior el terror a la gordura, pero se diferencia en la urgencia por la sobrealimentación, lo que se conoce vulgarmente como atracón.

(5) J. Toro y E. Vilardell (1987), pag. 118.

(6) P. Bourdieu en "Notas Provisionales sobre la Percepción Social del Cuerpo", pag. 183.

(7) Para una mejor comprensión de estas ideas sugiero la lectura de la obra de R. Sennett "El declive del hombre público" (1978), donde el autor expone con detenimiento los cambios concretos en la conducta pública, el lenguaje, la vestimenta y las creencias a lo largo de la historia de los últimos siglos, todo lo cual sirve como soporte a su intención de construir una teoría acerca de la naturaleza de la expresión en sociedad.

(8) C. Guinzburg (1983), pag. 65.

(9) E. Rinesi (1994), pag. 87.

(10) Para una mejor comprensión del lenguaje del cuerpo como lenguaje de la identidad social sugiero la lectura de P. Bourdieu en "Notas Provisionales sobre la percepción...".

(11) C. Geertz (1987, pag.345) relata que para la cultura Balinesa por ejemplo, el comer como el defecar son actividades absolutamente repudiadas, consideradas repugnantes por su asociación con la animalidad.

(12) Véase Montanari (1993).

(13) Véase N. Elias (1982).

(14) Montanari, op. cit., pag.164.

(15) Véase Bourdieu (1988).

(16) Véase S. Ewen (1991).

(17) Ibidem, pag.227

(18) M. Foucault (1989), pag. 142.

(19) G. Vincent:"La vida privada bajo influencia", en AAVV: "Historia de la vida privada", Tomo 8, Taurus, Buenos Aires 1991, pag.77.

- (20) O. Traversa: "De la cintura de abispa a la ligne normale: acerca de la figuración del cuerpo en los medios de prensa", en P.Croci y A.Vitale (comp.): "Los cuerpos dóciles", La Marca, Bs.As., pag. 88.
- (21) S. Ewen, op. cit., pag. 214.
- (22) Toro y E. Vilardell, op. cit., pag. 125.
- (23) Ibidem, pag. 127.
- (24) A. Guillemot y M. Laxenaire, op. cit., pag. 128.
- (25) Ibidem, pag. 101.
- (26) Turner (1989), pag. 220.
- (27) E. Canetti (1977), pag. 217.
- (28) Como lo enfatizan Herscovici y Bay : " Las influencias socio-culturales son tan evidentes que no puede reducirse la comprensión de esta enfermedad al análisis de variables intrapsíquicas", (1993, pág.37).

Bibliografía

- Aries, Philippe y Duby, Georges: "Historia de la Vida Privada", Tomos 8 y 9, Taurus, Buenos Aires, 1991.
- Baudrillard, Jean: "La sociedad de consumo", Barcelona, Plaza-Janes, 1985.
- Bourdieu, Pierre: "La distinción", Taurus, Madrid, 1988.
- Bourdieu, Pierre: *Notas Provisionales Sobre la Percepción Social del Cuerpo*, en AAVV: "Materiales de Sociología Crítica", Ed. La Piqueta, Madrid.
- Canetti, Elías: "Masa y Poder", Muchnik Editores, Barcelona, 1977.
- Croci, Paula y Vitale, Alejandra (comp): " Los cuerpos dóciles", La Marca, Buenos Aires.
- Diaz, Esther: "La sexualidad y el poder", Editores Almagesto/Rescate, Buenos Aires, 1993.
- Elías, Norbert: "La sociedad cortesana", F.C.E, México D.F., 1982.
- Ewen, Stuart: "Todas las imágenes del consumismo", Grijalbo, México D.F., 1991.
- Foucault, Michael: "Vigilar y Castigar", Siglo XXI, Buenos Aires, 1989.
- Fumagalli, Vito: "Solitud Carnis", Nerea, Madrid, 1990.
- Geertz, Clifford: "La Interpretación de las Culturas", Gedisa, México, 1987.
- Guillemot, A. y Laxenaire, M.: "Anorexia Nerviosa y Bulimia", Masson S.A., Barcelona, 1994.
- Guinzburg, Carlo: *Señales, Raíces de un Paradigma Indiciario*, en AAVV: "Crisis de la Razón", Siglo XXI, México, 1983.
- Harris, Marvin: "Bueno para comer", Alianza Editorial, México D.F., 1991.
- Herscovici, Cecile y Bay, Luisa: "Anorexia nerviosa y bulimia", Paidós, Buenos Aires, 1993.-
- Le Goff, Jacques: "Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval", Gedisa, Barcelona, 1992.
- Lipovetsky, Gilles: "El crepúsculo del deber", Editorial Anagrama, Barcelona, 1994.
- Lipovetsky, Gilles: "El imperio de lo efímero", Anagrama, Barcelona, 1990.
- Montanari, Massimo: "El hambre y la abundancia", Crítica, Barcelona, 1993.
- Porter, Roy: *Historia del Cuerpo*, en AAVV: "Formas de hacer historia", Alianza, Madrid, 1994.
- Revel, Jean-Francois: "Un festín en palabras", Tusquets Editores, Barcelona, 1980.
- Rinesi, Eduardo: "Ciudades, teatros y balcones", Paradiso, Buenos Aires, 1994.
- Schilder, Paul: "Imagen y apariencia del cuerpo humano", Paidós, México D.F., 1987.
- Schnitman, Dora Fried (comp.): "Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad", Paidós, Bs.As., 1994.
- Sennett, Richard: "El Declive del Hombre Público", Península, Barcelona, 1978.
- Simmel, Georg: "Sobre la aventura", Barcelona, Península, 1988.
- Sinatra, E.S.- Sillitti, D.- Tarrab, M. (comp.): "Sujeto, Goce y Modernidad", Atuel-TyA, Buenos Aires, 1993.

Toro, Josep y Vilardell, Enric: "Anorexia Nerviosa", Ed. Martínez Roca S.A., Barcelona, 1987.

Turner, Bryan: "El cuerpo y la sociedad", F. C. E, México, 1989.

Valiente, Enrique (Comp.): "Jornada de salud integral de la adolescente: anorexia y bulimia". Consejo Nacional de la Mujer, Buenos Aires, 1996.

"Los trastornos nutricionales: enfermedades de la cultura?". En Adriana Zaffaroni y Mariangeles Altube (Comp.): *II Jornadas de Intercambio y Reflexión sobre los Trastornos Alimentarios*, Edición Imp. Municipal, Buenos Aires, 1997.

"La Dimensión Cultural en los Trastornos de la Alimentación". En Adriana Zaffaroni y Mariangeles Altube (comp): *Jornadas de Intercambio y reflexión sobre distintos abordajes en el tratamiento de los trastornos de la alimentación, causas y conceptualización*, Dirección de Imprenta Municipal, Buenos Aires, 1996.

Valiente, Enrique y Tuñón, Ianina "El imperio del cuerpo". En Adriana Zaffaroni y Mariangeles Altube (comp): *Jornadas de Intercambio y reflexión sobre distintos abordajes en el tratamiento de los trastornos de la alimentación, causas y conceptualización*, Dirección de Imprenta Municipal, Buenos Aires, 1996.